

José Coronel Urtecho. Cuaderno del Estudiante

Selección y nota de Julio Valle-Castillo

Cuando el padre Alvaro Argüello, S.J., a nombre de la revista *ENCUENTRO* de la UCA, me invitó a participar en el homenaje que, con motivo del fallecimiento, 19 de marzo de 1994, se le rendiría en su próxima entrega, al poeta y maestro, José Coronel Urtecho, no podía proponerme destino mejor para un viejo material que tenía guardado de muchos años atrás. De inmediato le respondí positivamente y aún más, le dije, mi colaboración será un documental relacionado con la Compañía de Jesús y el niño Coronel Urtecho: sus colaboraciones estudiantiles en la revista *Centro América*, fundada el 15 de septiembre de 1923 y publicada por alumnos y exalumnos del colegio hasta bien entrados quizás los sesentas. Con una selección de estas colaboraciones en prosa y verso organizaría algo así como un CUADERNO DEL ESTUDIANTE, es decir, del discípulo de los jesuitas, su primer alumno aún en Xalteva, Granada desde 1916, miembro de sus congregaciones y uno de los bachilleres de la primera promoción, 1923-1924. El documental, en verdad, documentaría su formación clásica, grecolatina y española, su devoción por los modelos o arquetipos de la Compañía y su prehistoria literaria. Cabe advertir, que algunas de estas sus colaboraciones escolares se reprodujeron en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, en su publicación también de homenaje en 1976, con motivo de los setenta años del poeta.

Hombre aparentemente enemigo de las universidades, de toda academia y erudición, por pe-

queña e intrascendente que esta fuera, hostil a todo lo que para él oliera a ejercicio intelectual, a educación formal o a «la cultura», entre comillas —y digo aparentemente, porque contemplado en perspectiva, fue una criatura de bibliotecas públicas y privadas, erudito en muchos aspectos, educador o maestro nato, uno de los fundadores de la UCA, que vivió en un continuo ejercicio de la inteligencia, de la sensibilidad y el criterio—, sé que José Coronel Urtecho no habría gustado para nada de este documental y lo habría censurado y me habría reprochado, acusándome de «barrendero municipal», de «recoje papeles» o de andarlo incomodando recogiendo y acordándome de cosas que él deseaba olvidar para siempre. Aunque a veces pienso, como ahora mismo y por lo que me decidí a hacerlo, que, variable, hiperbólico y relativista como era, pudo haberlo aprobado y hasta celebrado, máxime si se le hubiera expuesto o argumentado el criterio. Su natural y desbordante generosidad para con las ideas u obras de los demás, me habría permitido seducirlo fácilmente. Por esto y por lo anterior selecciono y presento este CUADERNO DEL ESTUDIANTE. Así también mantengo vivo a Coronel Urtecho, al menos para mí. Así mantengo viva, avivada, animada la polémica que lo exaltaba —que le encendía más su rostro rojo—, que lo ponía en combustión en ciertos momentos con otros y conmigo, especialmente cuando tratábamos de este particular: fechas, fichas, datos y datas, supuestos filológicos.

CUADERNO DEL ESTUDIANTE, pues, consta de nueve piezas, cinco textos en prosa y cuatro textos en verso:

- 1.- «En la muerte del maestro R.P. Federico Savoie S.J.» (poema).
- 2.- «Canción de año nuevo», (poema), *Centro América*, Granada, Nicaragua, número 5, 15 de enero de 1924, Año I, p. 127.
- 3.- «Las escuelas literarias», *Centro América*, Granada, Nicaragua, número 7, 15 de marzo de 1924, Año I, pp. 165-167.
- 4.- «Coloquios» (poema), *Centro América*, Granada, Nicaragua, número 13, 15 de septiembre de 1924, Año II p. 21.
- 5.- Los cuadritos en la poesía moderna», *Centro América*, Granada, Nicaragua, número 14, 15 de octubre de 1924, Año II, pp.
- 6.- «María Santísima en la poesía castellana», *Centro América*, Granada, Nicaragua, número 16, 15 de diciembre de 1924, Año II, pp.
- 7.- «La muerte de las escuelas», *Centro América*, Granada, Nicaragua, número 18, 15 de febrero de 1925, Año II, pp.
- 8.- «Flores exóticas», *Centro América*, Granada, Nicaragua, número 19, 15 de marzo de 1925, Año II, pp.
- 9.- «Oda a Luís Gonzaga», *La Noticia Ilustrada*, Managua, Nicaragua, número 67, 4 de marzo de 1928, Año XIV, p. 16.

De los textos en prosa dos ensayos versan sobre teoría literaria: las escuelas (clasicismo) y la muerte o desaparición de ellas; uno, es una reseña sobre la *Antología de poetas Orientales*, de Carmela Eulate Sanjurjo; y dos, sobre temas específicos de



la poesía: María Santísima en los pre-clásicos castellanos y los cuadritos en la poesía moderna, o sea, el estudio de imágenes y retratos, propios de la herencia plástica parnasiana del modernismo y en busca de la próxima imagen vanguardista. Al tiempo que revelan un ejercicio crítico o reflexivo, dejan constancia ya de su conocimiento de las literaturas inglesa, francesa, española e hispano-americana, antes de su completa asunción de los ismos vanguardistas. Los textos en verso son ocasionales: la muerte de un sacerdote jesuita, la llegada del nuevo año, 1924 y el centenario de la ciudad, y dado el empleo de estrofas sáficas y distintos metros, se puede afirmar que poseía un precoz dominio de la versificación; apenas era un joven de 18 años. El poema «Coloquio», siete sextetos de arte mayor: A A B C C B, ya guarda el germen no sólo temático, sino del espíritu y de la actitud vanguardistas de la «Oda a la Torre de la Merced»:

Tus piedras saben de mis tropiezos,
y de mis ansias y mis progresos
sobre la torre de la Merced.

Aunque la «Oda a Luis Gonzaga», data de 1928, según la publicación en *La Noticia Ilustrada*, es decir, después de su bachillerato y de su temporada en San Francisco de California, alcanza aquí por la temática: la exaltación de uno de los santos jesuitas, que sobreviviría a través de los tiempos, si comprobamos su menciones y comparaciones a propósito de los héroes del sandinismo: San Luis Gonzaga o San Ignacio de Loyola son referentes, para él, de Leonel Rugama o Carlos Fonseca. Sólida formación, iniciación melódica y ensayista; prehistoria literaria, de uno de los pocos poetas y ensayistas de las letras nicaragüenses. □

Managua,
17 de mayo de 1994.

En la muerte del maestro R.P. Federico Savoie, S.J.

Era pobre de espíritu, de aquellos
que desprecian las cosas terrenales
sólo amaba los prístinos destellos

celestiales.

Era manso y humilde, suavemente
como el agua que besa mientras labra,
fue como una caricia en nuestra frente

su palabra.

Hambre y sed de justicia. Línea recta
en el camino del deber seguía;
hizo la obligación su predilecta,

su alegría

Limpio su corazón y cristalino,
como los frutos de la vid maduros
estuvo lleno del licor divino

de los puros.

Fue derramando con sus suaves manos
la paz, la dulce paz del Nazareno,
amó como el de Asís a sus hermanos,

dulce y bueno.

Dulce y suave maestro que descansas
por fin de tantas luchas y desvelos,
cultivador de bienaventuranzas,
ya están en flor tus tiernas esperanzas
en la gloria suprema de los cielos.

Canción de Año Nuevo

Luz, oro y grana
por la ventana
que da a la calle, se me coló,
como una niña fresca y lozana
la clara lumbre de esta mañana
y al año nuevo me despertó.

Viva alegría
la de este día
por quien palpita mi corazón,
-daría gozos de Epifanía
-estrella errante que el alma guía
hacia el retablo de la Ilusión.

¡Sueños perdidos
hoy revividos
al claro ambiente de novedad!
Todos los árboles están floridos,
tiemblan de arrullos todos los nidos
en estos días recién nacidos
que trajo el Niño de Navidad.

La nueva puerta
está ya abierta
a la esperanza de un año en flor,
la ilusión cubre la senda incierta,
y dice el alma que se despierta:
"El año nuevo será el mejor".

La caravana
no está lejana
y los tres Reyes van a llegar
con los tres dones que una mañana
entre las rejillas de mi ventana
medio escondidos me dejarán.

Al paso avanza
en lontananza
de los camellos la procesión,
y entre los dones la vista alcanza
el oro eterno de la esperanza
la mirra oliente, serena y mansa
y el vago incienso de la ilusión.

Las escuelas literarias

Al tratar esta escabrosa cuestión de las escuelas literarias, tan debatida, tan zarandeada, de la cual se han dicho tantas cosas contrarias y contradictorias, desde la negación de su existencia hasta el desprecio más duro a muchas de ellas, no puedo menos de caminar muy a tientas sin graves afirmaciones. Historiarlas un poco, comentarlas con la indispensable ayuda de los maestros en la materia y poner a veces algo de mi coleteo, al hilvanar estas viejas ideas con palabras mías, tal es mi propósito.

¿Existen las escuelas literarias? preguntan algunos; y responden los mismos: No existen, tienen una realidad meramente aparente; el alma de todas esas que se llaman escuelas literarias es la misma, el mismo su objeto bajo el cielo del arte.

Sin embargo, la anterior afirmación tiene mucho de falso. Porque existen real y distintamente las escuelas literarias, y sí en verdad todas tienen la misma aspiración artística, como es, la consecución de la belleza, usan de distintos medios para alcanzarla. Son, como si dijéramos, varios caminos que por uno u otro lado van al mismo lugar. Ciertamente algunas de ellas se diferencian por los distintos modos de comprender la belleza, esto es quizá una cuestión de temperamento, de carácter, maneras distintas de apreciar un paisaje desde distintos puntos de vista. La belleza es la misma eternamente, sí, pero las maneras de expresarla pueden ser y son muchas, y precisamente esa variedad en los modos de expresar la belleza es lo que constituye el fondo de las escuelas literarias.

Las escuelas más sonadas, más duraderas y numerosas son hasta ahora, con sus respectivas

exageraciones ultra-extremosas: Clacisismo, romanticismo, realismo, naturalismo, parnasianismo, simbolismo y modernismo. Además han aparecido en estos tiempos escuelas de dos o tres afiliados, que como popitas de jabón vuelan un momento y se deshacen: futurismo, actualismo, etc.

Clacisismo

Ante todo una observación. La palabra clásico, tiene dos sentidos: se aplica, dice Espasa, con mucha amplitud de concepto a toda obra y a todo autor que, por su originalidad, pureza de estilo y más que todo, por el fondo y forma irreprochables, constituye un modelo digno de imitación y entendida así, es como se puede encerrar dentro de una misma escuela a genios tan distintos como el sencillo y grandilocuente Homero, el dulcísimo Virgilio, el abundante y sentimental Ovidio, el exquisito Horacio, el popular Terencio, el sobrio Tácito y los dos grandes maestros de la oratoria, Demóstenes y Cicerón, que tienen tantas diferencias de fondo, de estilo, de lenguaje, y que pueden y deben sin embargo, llamarse ambos clásicos. Y también son clásicos en este sentido el inimitable mago del teatro Shakespeare, y nuestros grandes autores Lope y Calderón y Cervantes, y otros muchos de todos los tiempos y de casi todos los países, y es que allá, en las regiones del genio se juntan todos, y cada uno a su manera expresa con la mayor perfección que es dado al hombre, la eterna belleza.

Clásicos por antonomasia fueron los griegos y romanos, verdaderos maestros del arte. Ellos fue-

ron los hombres del equilibrio, los virtuosos de la sencillez primitiva, los armonizadores de las facultades intelectuales, los profesores del buen gusto, los laboriosos de la forma. Tras las primeras flores cristianas que son como continuación, en la forma, de la decadencia latina, viene la barbarie artística de los siglos V a VIII, y cuando a fines de la Edad Media el Renacimiento como reacción natural de los siglos citados hizo volver los ojos hacia las glorias romanas y helénicas que habían sido conservadas en medio de los ardores belicosos de la época, por el sabio esfuerzo de los monjes en la paz de los claustros, se despertó el gran entusiasmo helenista que floreció en la gloriosa generación de los clásicos modernos, si bien no se vio libre de las malas hiedras del humanismo. Este, dióse a imitar más como el fondo pagano resultaba falso y vacío en esos tiempos de acendrado cristianismo, produjo pálidas y falsas obras paganas, o bien suscitó estériles discusiones de gramaticalerías-reumatismo del espíritu.

No así los nuevos y verdaderos clásicos, que buscaron en la forma la perfección helénica para poner en ella el espíritu de su época cristiana y caballeresca, como el gran Fray Luis de León que en frase de Menéndez y Pelayo *"vertió vino añejo en odres nuevas"*.

Podemos pues decir que el clasicismo, y esta es la otra acepción de la palabra es la escuela literaria, que para la realización de su fin artístico pone la facultades intelectuales en serena armonía, da al pensamiento, profundidad no oscura, usa la frase elegante y con legítimos adornos literarios, cuya majestuosa sencillez no esté empañada.

Sembrada está la literatura castellana del Siglo de Oro de bellísimas flores clásicas que podrán servirnos de ejemplo. Escojo un soneto del Fénix de los ingenios, que ha sido siempre una de mis poesías favoritas.

*¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mis puertas, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?*

*¡Ay! cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
pasmó las llagas de tus plantas puras!*

*¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asomáte ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!
Y cuántas. Hermosuras soberana,
«Mañana le abriremos, respondía»...
¡Para lo mismo responder mañana!*

¡Qué belleza decimos! Clásico es en efecto este soneto: ¡Qué armonía de cualidades, qué justeza, qué sencillez, qué efecto tan tierno, tan suave, qué calor despide esa pequeña composición, calor que se comunica al alma del que la lee y le deja un dulcísimo sabor, un sereno sentimiento!

Pero fuera de todas las reglas de todos los principios palpita soberana y emotiva una cosa superior que no es armonía, ni es justeza, ni es sencillez, una chispa sobrenatural: la belleza. Esto siempre llegará al espíritu, por sobre todas las ideas de círculo o de escuela.

Los inimitables y siempre imitados artistas de la antigüedad greco-latina, los gloriosos italianos Dante y Petrarca..., la sonora falange del Siglo de Oro en España: Fray Luis, Lope y Calderón, Cervantes, Quevedo y el portentoso creador de almas y evocador de pasiones, Shakespeare, y luego... Racine, Corneille, Moliere... gloria, inmortalidad, esos fueron los clásicos. Y mientras exista el amor al arte hay y habrá discípulos gloriosos de los gloriosos maestros. El clasicismo es la línea recta, es inmortal.

Sin embargo, por degeneración del clasicismo, por no haber entendido a los grandes maestros y figurarse que todo en ellos hasta las faltas, es digno de imitación, por no fijarse en que los grandes clásicos griegos y romanos cantaron sus creencias y sus dioses y sus héroes populares y eso en su propia lengua y conforme a los caracteres de ella; sin tomarles el espíritu que los animaba, cae la literatura en lo que mucho llaman escuela clásica y

no lo es sino pseudoclásica que viene a ser la mala hierba entre la mies. Es la absoluta admiración de los clásicos paganos, la imitación servil tanto en el fondo como en la forma, la prescripción de sus obras como únicos modelos dignos. ¡El cadáver del paganismo debía ser lo único bello en medio de la robusta juventud cristiana!

De estos groseros errores se cae en conclusiones prácticas mortales para todo anhelo artístico, que encuentra cabida en el código de la estrechez: el Arte Poético de Boileau. He aquí las consecuencias que de tal obra extraen los preceptistas:

- 1) Proscripción completa de asuntos cristianos, nacionales y modernos.
- 2) Falta de originalidad, de verdad, de color local, de sinceridad.

3) Falso simbolismo mitológico, hasta la exageración.

4) Imitación servil, y en consecuencia, la tiranía de ciertas reglas razonables para los antiguos, pero de pura convención en la época moderna.

5) Finalmente, la falta de sencillez en la expresión.

Ya se ve que esto es absurdo y grosero y de clasicismo no tiene más que el nombre, mal aplicado. ¡Y pensar que los hilos de esta vil tela de araña, llegaron a entumir las alas de águila de Racine y otros grandes ingenios!

En España por la gracia de Dios tuvo relativamente escasos fanáticos esta herejía literaria, y esos pocos fueron de pobre ingenio y vivieron en un siglo estéril. □



Coloquios

Ciudad callada, triste y tranquila,
primera lumbre de mi pupila,
primer refugio de mi canción;
Calles polvosas y caserones
por donde vuelan mis ilusiones
y en donde anida mi corazón.

No tengo acentos para tu gloria,
y en el gran coro de tu victoria
mi verso joven no suena bien.
Pues no hay laureles en mis jardines,
tejo de rosas y de jazmines
una corona para tu sien.

Y van sonrientes, locos, ligeros
-blancas palomas a tus aleros-
todos los versos de mi cantar,
iluminando sus emociones
en las alegres irizaciones
de tu apacible sol familiar.

India andaluza, castiza, mora,
tienes alientos de gran señora
con tu vestido tan pobretón;

comercias, rezas, politiqueas,
haces prodigios y te recreas
mientras escuchas del lago el son.

Siempre mirándote en el espejo
en narcisismo de tu reflejo
junto a la playa del lago estás,
como si fueras una sirena
toda tendida sobre la arena
la cola ardiendo y al sol la faz.

Eres el vaso donde mi vida.
Como agua clara se halla vertida
y en donde apago mi ardiente sed.
Tus piedras saben de mis tropiezos,
y de mis ansias y mis progresos
sabe la torre de la Merced.

Madre Granada, mis alegrías
con sus hermanas mis fantasías
danzan al eco de mi canción,
mientras al lago que el astro dora
echas tus redes de pescadora,
donde has pescado mi corazón.

Los Cuadritos en la poesía moderna

Hay en la poesía moderna un género de pequeños poemas, que tienden exclusivamente a presentar una escena breve y delicada, un rincón de paisaje, un objeto; a esto llamo «Cuadritos». Su origen podemos encontrarlo en la poesía parnasiana. Heredia los tiene admirables pero hoy son asunto predilecto de los grandes poetas de cualesquiera tendencia.

Son acuarelas acabadas, óleo en miniatura, en que la poesía refunde las cualidades de la pintura con las propias suyas, dando así a los cuadritos color, movimiento, profundidad, animación, en fin, vida.

Esos delicados y sutiles poetas, que para encontrar la belleza no necesitan buscarla en cosas grandiosas, en sublimes hazañas, en poderosas pasiones, sino que fácilmente la descubren en las humildes y familiares cosas que nos rodean, son los verdaderos maestros creadores del precioso género literario de los "Cuadritos".

Los asuntos son así, breves, delicados, ténues, corrientes, sin deducción de consecuencias, sin altos vuelos. Ved aquí algunos señalados en esta palabra de Gregorio Martínez Sierra:

«...sobre el rojo de los geranios en los balcones de las casas pobres; sobre un suspiro que se perdió en la noche y se quedó en la luna; sobre un rayo que corre y canta; sobre unas lavanderas que están en la orilla; sobre un carro de húngaros que viene por el camino; sobre la silueta negra, en el oro de una puesta de sol, de una torre aldea; sobre

el musgo de las peñas y las chiquillas rubias sentadas sobre el musgo... cosas todas leves».

Hay poetas águilas y poetas ruiseñores. Los primeros vuelan sobre los ígneos cráteres de los volcanes, cerca del sol: miran la tierra en conjunto, perciben los cataclismos; tocan las trompetas proféticas; cantan el amor-pasión, que inflama y consume; glorifican a los héroes de la guerra y de la paz; beben *la leche de la vida*, escriben con la flecha del *Arquero*; pulsan las cuerdas de la *Lira*, puntúan con estrellas.

Mientras los poetas ruiseñores cantan la manzana dorada; la rosa que se abre, la espiga y la espigadera; beben el sol en una gota de rocío, aman la belleza de las cosas humildes y diarias, la belleza del detalle preciso y amable de donde resulta la gracia del conjunto, como de pétalo y pétalo la rosa.

Entre los poetas españoles se ha cultivado relativamente poco este género. Los antiguos casi no presentan ejemplos; hay en todas sus cosas un sentido siempre trascendental.

Existen, es verdad, en ciertos poemas, Cuadritos; pero engarzados en ellos como simples detalles descriptivos.

Entre los modernos, los Machado, Díez Canedo, Fortún, Martínez Sierra y otros nos ofrecen Cuadritos acabados, y exclusivamente tales.

Los catalanes han cultivado en el género con amor: Maragall, Carner, Rusiñol, etc.

Entre los poetas latinoamericanos, por derivación francesa quizá, la cosecha es abundante y

lozana. Rubén, era poeta águila, pero en su basta complejidad nos dejó valiosas muestras de ellos. Chocano, Nervo, Lugones los tienen admirables. Pero más que todos ellos y de gran belleza nos los han dado: Juana Ibarburou y Gabriela Mistral.

Sin embargo, los maestros del género son los franceses: Francis Jammes, Samain y Mad. Noailles.

De nada serviría lo dicho hasta aquí, si no ilustráramos la cuestión con algunos ejemplos. Tengo a mano muchos y muy lindos, pero desgraciadamente no de todos los autores que quisiera. Dedicaré sin embargo, el resto del artículo a citar y comentar con alguna extensión, los modelos más escogidos que poseo.

He aquí uno de los más bellos, delicados, coloridos y acabados de Alberto Samain:

EL MERCADO

Sobre la pequeña plaza, en el primer resplandor

del alba, ríe el mercado, alegre y multicolor.

Sobre los estantes cojos, se exhiben confusamente

cestos de huevos y quesos y frutas y miel luciente;

y en la loza en que las aguas continuamente resbalan,

pescados de plata clara ásperos tufos exhalan.

Mylène, que a su infantil Alidé lleva con tino de la mano, entre la gente con pena se abre camino.

Se retarda en cada puesto, va, viene, vuelve, endereza.

A los premiosos llamados suele tonar la cabeza, comen unas cuantas frutas, negociando las mejores

o bien se alejan en medio de escandalosos clamores.

La niña feliz la sigue, pues ella adora el gentío, los gritos, los estrujones, el agua y el viento frío,

los pequeños asnos grises, el vivo umbral de los puestos

y el piso por todos lados sembrado de verdes restos.

Mylène ha hecho su gasto de legumbres y sabrosas

frutas, luego agrega un ánade de plumas esplendorosas,

Alidé bate las manos, cuando por verla entusiasta,

la madre le pide al fin que le lleve la canasta.

El peso hace doblegar el pequeño brazo, más marcha orgullosa, silente y arqueándose hacia atrás,

mientras el ánade inquieto, prisionero que protesta,

grita y pasa el pico de oro por las rejas de la cesta.

Diffícilmente, a mi entender, puede darse mayor viveza, colorido, delicadeza y gracia en tan pequeño espacio. La animación de este Cuadrito se siente, se vive, se recuerda como cosa vista, que hoy vuelva a nosotros purificada en un baño de emoción estética.

A la inversa de las cosas reales que van de los sentidos al alma, ese poemita va del alma a los sentidos para darnos el efecto de la realidad de las cosas. Hay detalles de un primor que encanta. Nada sobra, nada falta, todo es de una delicada y poética exactitud. El escenario de tan claras y vivas pinceladas, tan movido que no sabemos de que arte prodigioso se ha valido Samain para no caer en la vulgaridad del prosaísmo. La pequeña Alidé, graciosa figurita que se mueve llena de tanta animación infantil, pegadita a la falda de su madre, está perfecta marchando «orgullosa, silente y arqueándose hacia atrás -mientras el ánade inquieto prisionero que protesta- grita y pasa el pico de oro por las rejas de la cesta».

Este verso final vale un Perú.

He aquí otro poemita de sobriedad, fuerza, vida y delicadeza dignas de Homero:

EL PEQUEÑO PALEMON

*Grande, apenas de ocho años Palémon, el
pequeñuelo,
sostiene en vano el cabrón que resiste con
pujanza;
le arrastra y fuerza a correr en el jardín con
gran celo,
y con brusquedad recula y de repente se lanza.
Ellos luchan cuerpo a cuerpo; fogoso el ca-
brón se esfuerza,
pero el niño, que se afirma echando el torso
hacia atrás,
estrecha el cuello rebelde entre sus brazos con
fuerza,
se libra del cuerno oblicuo y, a poco, cada vez
más,*

*¿Dudaría el Divino Ciefo, o el sencillo y tierno
Teócrito en avalorar con estos diez y seis versos la
Ilíada o los Idilios?*

*rojo, apretando los dientes, indomable, domi-
nante,
triunfal conduce al establo al negro macho
cabrío.
Luego Lycidé, su madre, de trenzas de oro
brillantes
que está en el umbral sentada con un niño que
reposa,
se alegra de ver su astucia, y su destreza, y su
brillo;
lo llama, y sonriente enjuga con emoción
amorosa
su frente en cuyo sudor se han pegado los
cabellos,
y el orgullo maternal fulgura en sus ojos
bellos.*

*Ved ahora lo que a mi modo de ver fue escrito
con una pluma que de sus alas arrancose el ángel de
la poesía, tanta y tan pura es la que aquí se encierra.*

LA BURBUJA

*Bathylle, allá en el corral donde el volátil
cloquea,
sobre la tosca escudilla sopla una paja, inclina-
do;
el agua hueca hace espuma, con gran ruido
borbotea
hasta que desborda. El niño, que lucha sin
resultado,
siente venir a su boca como una acritud salina.
Más feliz, una burbuja por último se vislum-
bra,
y, conducida con arte, se alarga, se determina,
redondeándose, por fin en un globo que des-
lumbra.
El niño sigue soplando; ella más y más aumen-
ta;*

*luciendo los cien colores del prisma y de la
alborada,
y refleja en las paredes del fino cristal que
ostentan,
los árboles, el camino, el caballo y la mora-
da...
Pronta a destacarse, brilla cual maravilloso
faro.
Retiene su aliento el niño, ella oscila con
donaire,
y remonta dulcemente verde luz y rosa claro,
como un endeble prodigio; resplandeciendo
en el aire,
ella sube... Repentino, el alma aún deslumbra-
da,
en vano busca Bathylle su gloria evaporizada.*

Decidme ¿no es esto oro puro, virgen sin amalgama? ¡Qué precisión de indicativos! ¡Qué poder de asociación!

¡De cristalina delicadeza!

Recordad:

Luciendo cien colores del prisma de la alborada -refleja en las paredes del fino cristal, que ostenta, - los árboles, el camino, el caballo y la moda..."

Y termina, ¡qué profundo!:

"en vano busca Bathille su gloria evaporizada".

¿Habéis visto algo más encantador que la Burbuja de ese mágico Samain?

Los cuadritos que he citado son policromos, graciosos, llenos de luz y alegría, veamos ahora otros de diferente procedimiento, pero no menor belleza.

Leed la "Romanza sin palabras" de Juan Maragall:

*En el agua del pilón
Flota rosa bermeja;
De bruces al manantial
Se sacia una jovenzuela;
Por la barba y por el cuello
Le resbala el agua fresca;
Del remojón que se da
Sus hermanitos se alegran;
Ella ríe y bebe aún
Y al fin se atraganta y cesa...
Todos chillan a la par,
Se alborotan y enajenan;
Todos hasta el chiquitín
Que está en la laguna allí cerca,
Oyendo alborozo tal,
Desnudo ríe y pernea
Y empieza solo a cantar
Una romana sin letra.*

Ya en esto se ve mayor sobriedad, en el color, menos policromía y rapidez. El tono es de una serena transparencia en que domina el color perla, pudiéramos decir. Hay menos movimiento, pero más vida interior. Sin embargo se siente gran frescura, alegría y paz. A la vida del epíteto iluminador corresponde la de los hechos.

Podemos citar como un cuadrito, pues tiene sus condiciones, el bello y famoso poemita «La Vaca Ciega» del mismo Maragall:

LA VACA CIEGA

*Tropezando con este y aquel tronco,
Caminando con tiento hacia el estanque
Llega la vaca solitaria. Es ciega.
De un certero y funesto golpe de honda,
El rabadán le vació un ojo. El otro
se le enteló. La vaca es ahora ciega.
Va a abrevarse a la fuente como antaño,
Más sin el firme paso de otros días
Y sin compañeras. Marcha sola.
Sus hermanas por cimas y collados,
En la paz de los prados y riberas
Hacen sonar la esquila mientras pacen
Hierbas frescas al azar. Ella caería
Da con el belfo en el pilón gastado;
Retrocede atontada, pero vuelve;
La testa inclina al agua y bebe en calma.
Bebe poco, sin sed. Después eleva
Al cielo la testuz armada enorme
Con trágica actitud, sobre las muertas
Pupilas parpadea. Luego torna,
Huérfana de la luz de un sol, que quema.
Y dudando, por sendas que no olvida,
Blande con laguidez la larga cola.*

Habéis leído un crayón trágico, doloroso, que deja una emoción de angustia en el alma y una cruel pero viva imagen en la mente. Los colores son grises, oscuros, sombríos; casi no hay adjetivos; pero se ve, se siente, y se sufre. Los rasgos son severos pero fuertes, escasos pero penetrantes. Hay un procedimiento de claro-oscuro patente. Ese golpe del belfo en el pilón gastado duele.

En el género de los cuadritos podría también incluirse el de los retratos, pero a mi parecer, éste merece lugar aparte, y pienso tratar de él en otra ocasión.

Para no ser más extenso no cito algunos cuadritos de Juana Ibarburou y Julio Herrera Reissig que el lector puede encontrar en cualquier antología hispanoamericana. □

María Santísima en la Poesía Castellana

Los pre-clásicos

El Dr. Carlos Cuadra Pasos -una de las pocas plumas que Nicaragua ostenta gallardamente- ha publicado en estos días una bella «Protesta de Amor» en que hablando de la veneración racial que debemos a *María Santísima dice estas palabras: «El que niega a María en lengua española no ha sido capaz de sentir la mejor poesía del poema cristiano que ha inspirado toda nuestra literatura».*

Esa hermosa expresión de una verdad a cuyo estudio me he dedicado a menudo por el doble amor que profeso a la *Mater Christianorum* y a nuestra novia la Literatura, me ha impulsado a publicar esta reseña deficiente cuyo solo mérito consiste en unirse al coro de voces que en desagravio a la Gloriosa se ha levantado de todos los pechos nicaragüenses.

La Virgen ha encaminado siempre sus pasos por el *prado verde e bien sencido* de la poesía castellana y al amor de sus huellas han brotado rosas maravillosas y lozanas.

Al abandonar la musa castellana el instrumento lírico gallego portugués en que Alfonso el sabio moduló sus cántigas de Santa María y al aparecer los primeros monumentos literarios en nuestra lengua balbuciente, la figura luminosa de María permanece poniendo su nota poética de exquisitas ternuras en la ingenuidad heroica de los cantares de gesta.

El nombre que según el Magnificat bendecían todas las generaciones, se pronuncia con su-

aves y amorosos acentos en medio del estruendo de armas que lleva consigo el Campeador Ruy Díaz.

Oigamos a «*Myo Cid, el que en buen ora nasco et cirxo espada*» levantar su corazón de rudo guerrero: Valan-me tus virtudes, gloriosa Sancta María
Vuestra Vertud me vala, Gloriosa, en my exida e me aide;
Ella me acorra de noch e de día,
sí vos assí lo fiziéredes e la ventura me fuere complida
Mando al vuestro altar buenas donas e ricas.

Así a cada paso la lengua tosca y primitiva parece querer hacerse sedosa y flexible para depositar en el nombre de la Virgen todo el tesoro de fe y ternura filial de que rebosa.

Sigámosla ahora a través del Mester de Clerecía en aquel *delicioso alejandrino* de Maese Gonzalo de Berceo, que tanto amaba Rubén.

El corazón del ingenuo y sencillo cantor de Loores de Nuestra Señora, Miraclos de Nuestra Señora, y Duelo de la Virgen el día de la pasión de su Fijo, en que el román paladino especialmente en los dos últimos adquiere un íntimo soplo de armonía, una lozanía de raza joven y acentos de conmovedora elegía tan hondos como los del Duelo de la Virgen.

Es de notar la inspiración emotiva que los poetas castellanos encuentran en la pureza celestial de la Inmaculada, desde los primeros hasta los últimos acentos.

En los Miraclos de Nuestra Señora, después de la fresquísima y tan sabrosa descripción del *prado verde e bien sencido, de flores bien poblado*, dice:

Este prado fue siempre verde en onestat,
ca nunca ovo mácula la su virginidad...
ileña, incorrupta en su entegredat.

Y después ¡qué lozanos y suaves elogios!

Ella es vellocino que fue de Gedeón...
Ella es dicha fuent de que todos bebemos
Ella es la palomba de fiel bien esmerada.
Es dicha vid, es uva, almendra, malgranada,
que de granos de gracia está calçada.

Las notas más altas de su poesía en que la sencillez de la época raya a veces en la ramplonería y el prosaísmo, las alcanza Berceo hablando de María y su Musa parece que tiembla de emoción al pronunciar ese nombre que es según su frase «Verbo dulz e suave, plus dulz que la miel».

De Berceo pasemos al más alto poeta de los preclásicos, al portentoso Arcipreste de Hita, primitivo y fuerte reformador, por cuya vasta obra pasa un viento de poesía inconfundible, cuyo extraño pesimismo satírico y alegre que se ríe de todo el universo, sólo va a postrarse reverente y emocionado a los pies de María.

En su libro de *El Buen Amor*, que ha sido llamado la Comedia Humana del siglo XIV, se complace el gran Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, en bordar loores y cantares a la «*flor de las flores*».

Comienza poniéndose bajo su protección y llamándose con orgullo el primero de sus hijos:

Et porque de todo bien es comienzo e raís
la Virgen Sancta María, por ende yo Juan Roíz,
Arcipreste de Fita della primero fis,
cantar he los sus gosos siete que ansí dís.

Comienza cantando los dolores de la Madre de Dios y Madre nuestra y termina su libro con el cantar de sus gozos y sus loores.

Fue el primero que en nuestra lengua glosó el Ave María versificada, en aquellos sus cantares de innovador que enriquecieron tan copiosamente nuestra métrica.

El Arcipreste llama a la Virgen con los más hermosos términos de su primitiva pero galana expresión en que el adjetivo adquiere un valor nuevo y deslumbrante -Estrella resplandeciente- Melesina de coyados -Limpia rosa- O bendicha fror e rosa! -Sancta flor nom tarnida- En dulzor maravillosa, Oh María!

La cántiga III merece ser extractada pues el corto espacio no permite trasladarla íntegra:

Quiero seguir a tí flor de las flores
siempre desir cantar de tus loores,
non me partir de te servir
mejor de las mejores.
Estrella del mar, puerto de folgura,
de dolor cumplido e de tristura
Venme librar et conortar,
sennora del altura,
.....
nunca perece nim entristece
que en a tí non oloida.
Sufro grand mal sin merecer, a tuerto;
Escribo tal porque pienso ser muerto,
mas tú me val, que non veo al
que me saque a puerto.

El fustigador de los clérigos de Talavera, el Arcipreste disoluto, que destruye con una burla sus mismos sermones morales y maldice a la muerte que le robó a Trotaconventos, cae de rodillas arrepentido de sus pecados y en busca del sostén de aquella en quien tiene su única *fianza*.

En un viejo poema, sin duda alguna cantable, de autor anónimo y llamado el Libro de *Los Reyes de Orient* la musa popular introduce tomándola de los Evangelios apócrifos una leyenda que es verdaderamente «fresca como una rosa, pura como una perla».

En la huida a Egipto, María, José y el Niño Jesús caen prisioneros de unos ladrones que quieren matarlos. Uno de ellos llamado Dimas propone llevarlos a su guarida como en efecto lo hacen. Y sigue:

La vespada nin come, nin posa,
sirviendo a la Gloriosa.

E ruegal por amor de piedat
que non le caya en pesar,
e que su fijo le dé a banyar.
La Gloriosa diz: banyatle,
e fet lo que quisiéredes,
que en vuestro poder nos tenedes.
Va la huésped a la corretera
e puso el agua en la caldera.
De que el agua hovo azaz caliente
el niño en brazos prende.
Mientras lo banya al non faz
sino cayer lágrimas por su faz.
La Gloriosa la catava,
demandol por qué llorava.

La pobre mujer entre lágrimas excitadas con la
vista de aquel niño todo rosa y seda y tonos de
aurora responde a la Virgen:

Un fijuelo que había
que parí el otro día
Afelo allí don vaz gafo
por mi pecado despugado

María le pide al pequeño leproso para bañarlo
y le dice en el súmmum de encanto sencillo:
Yo lo banyaré que non so ascorosa
Y así:

La Gloriosa lo metió en el agua
do bayado era el Rey del cielo e de la tierra.
La vertut fue hecha man a mano,
metiol gafo e sacol sano.
En el agua fincó todo el mal
tal lo sacó como un cristal.

¡Lindo y cristalino girón de leyenda en que a
fuerza de ternura el verso primitivo adquiere una
dulzura y una suavidad maravillosa!

Floreciendo sus huellas sigue la Gloriosa su
camino a través de la Vida de San Ildefonso, por el
Beneficiado de Ubeda, de la Danza de la Muerte,
Revelación de Un Ermitaño, poema de José y
poema de Fernán González hasta llegar al Canciller
López de Ayala en el Rimado de Palacio.

Numerosos cantares a María avaloran su can-
sado poema didáctico, cantares que el Canciller -

adelantándose al Gran Maestro nicaragüense, mu-
chos siglos y tomándolo quizás de Berceo que a su
vez lo tomó de los cantos eclesiásticos- llama prosas.

A tí viene tu siervo a ofrecerte este día
una pequenna prosa, e dís: Ave María.

Los poetas del Cancionero de Baena fueron
muchas veces a beber las aguas de aquella fuente de
inspiración divina.

Hombres de vida agitada y estrafularia como
Alfonso Alvarez de Villa Sandino, Garci Fernández
de Yerena y demás poetas de la corte de Don Juan
II dieron a la Santísima Virgen la flor de sus días
buenos.

El pobre Yerena, hombre de espíritu flaco y
voluble exclama en uno de sus momentos diáfanos.

Virgen, flor de espina,
syempre te serví;
Sancta cosa e dina
Ruega a Dios por mí.

Don Pedro Vélez de Guevara tío del Marqués
de Santillana -familia fecunda en poetas- tiene
lindas cántigas a la Virgen como aquella que co-
mienza diciendo:

Estrella de alegría,
Corona de parayso,
Vuelve tu fermoso vyso
contra mí, señora mía

El dantesco Micer Francisco Imperial, de ele-
gante y selecto decir busca a María en la Visión de
las Siete Virtudes.

De cada rosa de aquel rosal santo:
tan dulces voces nunca cantó ave.
Unas cantaban: *Gracia María Ave.*
E otras respondían: *Ecce ancilla.*
Después oyera, como aguda esquila,
en alta voz: *Coelt Regina, Salve.*

Brevemente y a grandes rasgos deficientes he
buscado las más hermosas producciones que inspi-
ró la Reina de los cielos a la Musa Castellana.



Muchos bellos cantos seguramente pasaron inadvertidos a la ligereza de mi estudio que al indicar las huellas de los divinos pies no pretende abarcarlas todas en un trabajo de erudito sino fijar mi atención y la de los lectores en las bellezas que halla en el camino como el que en un jardín fuera señalando las flores más hermosas a su gusto.

Desde el siglo XIII (códice del Myo Cid) hasta el siglo XV (cancionero de Baena) ha sido copiosa y florecida la lírica mariana pero más rica y más elevada aún la encontraremos en los clásicos castellanos. □

La muerte de las escuelas

Los que la vela hinchada de ensueños, vamos al viejo reino de la literatura al toque de conquista, y explorando con el telescopio buscamos un sendero, nos hemos preguntado. ¿Hay una égida vencedora? ¿Cuál es el estandarte que ha de cobijarnos en el arribo? Nada vemos enfrente. El gran tinglado bulle y vibra sin duda pero en la más desconcertante confusión; se representa la Comedia Humana en completo desacuerdo de comparsas, en ir y venir de tendencias; se aplauden las cabriolas, los volatines, los malabarismos, la maromería, de la cuerda floja en los unos, mientras otros pasan solitarios, meditabundos, despreciativos como raros bonzos de extraños ritos, murmurando oscuras filosofías.

Los claros, los serenos, los que no gritan, pocas veces logran una mirada de esa precursora de gloria o fracaso que se llama atención.

Hoy en día la literatura ha llegado a una total dispersión de tendencias que ha bifurcado las aguas madres en el insólito caso de la individualización como tendencia única. Ese es el golpe de vista general que para mí presenta, por lo menos. Todos están claros en convenir regocijados que las escuelas han muerto. Las pobres escuelas, madres de la disciplina, eran malas, según dicen, porque llevaban al anquilosamiento o a la extravagancia por sistema, que es mil veces peor que la más extravagante sinceridad. Las escuelas literarias, por lo menos las de moda en los figurines de las últimas estaciones, han muerto por disgregación, por pulverización como trocicos de alcanfor al aire libre. Cada átomo de ese alcanfor evaporado es un

plumífero del día, que solamente se parece a otro en cuanto los hombres se parecen, y viceversa. En consecuencia de la desorientación, faltan los guías, los directores, y el reino de las letras, sin reyes, se ha vuelto república anárquica.

Pasó en Francia: la directora el gran movimiento simbolista, que ahora nos parece cosa lejana y apenas flota un raro perfume de recuerdo, para nosotros los amigos de las cosas vagas y las etéreas sensaciones. En la América Latina y en España murió también el modernismo, del cual apenas nos llegan a veces escasos gritos de despedida y violentos giros agónicos de los rezagados. El modernismo, o lo que se ha llamado de tal modo, tuvo brillos gloriosos de apoteosis a principios del siglo presente; la lengua española bailó danzas prodigiosas al son de los galos cascabeles, pero al comenzar el desfile de los grandes maestros a regiones más serenas del ocaso, aquellas notas modernas fueron echando arrugas de vejez de puro amaneradas e insinceras.

Los adalides franceses del movimiento simbolista fueron los primeros en personalizarse y tomar sendas definidas. Moreas del Peregrino Apasionado está muy lejos del ateniense sereno y purísimo de las Estancias, cuya lira, según él mismo asegura, sonaba ahora, «*siempre más sabia, más cálida y más pura*».

El tumultoso forjador de imágenes de las Fuerzas Tumuluosas, Emilio Verhaeren, enamorado de la luna acabó por refugiarse en un virgilianismo de geórgica en Les Blés Monvants, donde, cantos como la Vaquera tienen olor a campo lleno.

Y así con casi todos. Henry de Regnier, Rodenbach, Vielé Griffin abandonaron más o menos a tiempo el misterio inconsútil del símbolo.

Después sonaron los dobles del modernismo, tocados por los propios maestros: Rubén, el de *alma clara* que tenía el horror a las tinieblas y el dulce filósofo Nervo, lleno de amor a Dios, que, buen despreciador de la forma acabó bendiciendo el lugar común en bello canto, y hasta diciendo en otra ocasión:

*Yo no sé nada de literatura
ni de vocales átonas o tónicas,
ni de ritmos, medidas o cesura
ni de escuelas (comadres antagónicas)
ni de malabarismos de estructura.*

Igualmente se van transformando los otros, y a estas alturas, Chocano el que en los Nocturnos cantó *«las noches locales de espejos»* hoy dice bellas cosas sencillas al Indio fatalista y taciturno, y al Gato con botas, y a la Cenicienta, exquisitas puerilidades bien sentidas y... muy medidas.

Esos son los idos, o los que ya se van a dormir mientras la fama conserva sus nombres por muchos, o no muchos años, pero la sed literaria resta, el amor a la belleza resiste con la preocupación con los que vienen más o menos pronto.

Vuelve aquí la cuestión de tendencias con la anterior afirmación del fin de las escuelas literarias, que necesitan para crédito tuyo, lector, una partida de defunción con un dictámen médico.

Para eso nos fijamos en la transición de los simbolistas y los modernistas, escuelas que fueron afines en principios y disgregación. Esas tendencias que han sido capitales literarias de estos últimos tiempos trajeron en sí mismas el germen de multifurcación que fue causa de la muerte prematura.

Desde el movimiento romántico, el gran clarín de Hugo cantó sus dianas libertarias por donde se vieron surgir en Francia, en realitivamente corto tiempo, las más diversas agrupaciones: Naturalistas, Parnasianos, Simolistas...

El naturalismo murió podrido como era natural... hoy aún andan por allí novelas pornográficas, estilo Joaquín Belda, para alimento de rufianes y mozas del partido, pobres hojas escatológicas, que revuelven el estómago.

El Parnaso era estrecho, puramente recinto de orfebres y alfareros, de donde se comenzó por expulsar el sentimiento. Por eso el parnasianismo murió paráltico, abandonado del mismo pontífice, Leconte de L'Isle y de Prudhomme, que se hizo poeta didáctico y de Diérx y de Mendés... Su recuerdo permanece en las letras para siempre, porque hicieron bellos medallones de oro y delicadísimos altoprelieves.

Pero la rama del árbol hugoliano, más extendida, más general, y que llegó a cobijar con su sombra todas las literaturas modernas, fue el simbolismo.

Este trajo el germen de disociación más íntimamente inoculado. Los derechos de libertad literaria eran absolutos; la forma fue renovada y enriquecida hasta lo indecible, desde las más antiguas maneras de los trovadores hasta la prosa rítmica y rimada de Paul Fort y Caudel; el subjetivismo, el egotismo tendieron a la disgregación individualista; la sugestión del símbolo, le *reve* que ellos decían, produjo la libertad de interpretaciones, el libre examen literario, padre posible de infinitas sectas.

Así es exacta la frase de Alejandro Plana, en el prólogo de la Antología general de poetas líricos franceses de Maristany, cuando dice: *«La sugestión puede darse expresando estados de alma indecisos, como en la poesía de un George Rodenbach o de un Mauricio Maeterlink, o a través de una apelación estricta a la vida cotidiana, como en la poesía de Francies Jammes»*, y luego, *«Se incluyen en el simbolismo los temperamentos más diversos y fórmulas técnicas esencialmente contrarias»*.

Una escuela tal en que la única senda común es esa cosa vaga, incorpórea y tan diversamente interpretada que se llama símbolo, muere, pero no dividiéndose en tres o más escuelas como el romanticismo, sino microtomizada por cada uno de los que quieren cantar sus fugaces sensaciones anímicas.

Por más que se diga, el estado actual de la literatura en las lenguas cultas no es otro que un individualismo más o menos pretencioso de originalidad.

Se hablará -entre los amigos de escuelas- de futurismo, de simplismo, de estridentismo, de ultraísmo... pero eso y lo demás son saltos en la cuerda, maromas, originalidades de mayor o menor excentricidad, *ismos* a quienes va canalizando el hastío que siempre llega.

Y si no, yo pregunto: ¿Cuáles son las orientaciones contemporáneas, las orientaciones caudalosas y dirigidas por hombres representativos? De ninguna manera puede considerarse en serio cierto movimiento minorista en el cual se cuenta un joven guatemalteco, de quien leí hace poco unos versos estu...pendos en *El Universal Ilustrado* de México, y decía de los «autobuses que llevaban el crepúsculo al hospital», y escribía «chimeneas» con las letras puestas en línea vertical a la manera china, sin duda para darnos una imagen gráfica. Y asimismo las demás saltimbanquerías, todo lo divertidas que se quiera, pero absolutamente carentes de belleza.

¿En dónde está ese Guía literario que los jóvenes buscan? ¿Cuáles son esas escuelas? ¿En España? Los novelistas son absolutamente personales. Sólo hay un Ricardo León, sólo un Azorín, sólo un Valle Inclán. La Academia ha abierto sus puertas a literatos de sistemas en diametral oposición, tales León y Martínez Ruiz. Seguir al primero resulta ridículo, pues no se llega al tejedor de páginas sonoras, hidalgas y galanas con los juegos de luz de sus viejas y amadas palabras castizas. Al segundo, fatal y dañoso, pues es don único de Azorín ese poder de sugerir con la estricta construcción directa.

¿Los poetas? Marquina, académico, que es el primer poeta de España. Marquina es único. Los Machado, Jiménez, Carrere y Pérez de Ayala y muchos.

¿Más dónde está ese guiador de multitudes que buscamos?

El teatro, sí... Dos cumbres: Benavente y Linares Rivas, y en seguida, grandes y personales,

Los Quintero, Martínez Sierra... El teatro español, robusto y floreciente.

Por todas partes buscamos en vano los directores de escuelas. Cumbres aisladas no faltan sin duda, ni han de faltar nunca, Rudyard Kipling, Bernard Shaw, mantienen la poesía y el teatro en Inglaterra.

El poeta soldado, el de Fiumé, D'Annunzio, que, a pesar de todo, marcaba una tendencia, está en su ocaso de Garda. El teatro de Italia cuenta con dos eminencias: Pirandello y Nicodemi. La novela: Papini. La eterna y divina Luce, se divierte como loca en la capital de la belleza, mientras, como un profeta, Bourget castiga sus vicios con novelas soberbias. La novela francesa va siempre a la avanzada. El teatro que era ayer el primero del mundo, a la desaparición de Capus, de Bataille, de Vernstein, ha quedado entre juegos vaudevillescos y locuras fantasistas, sólo interrumpidas por las delicadezas de R. de Flers y de Caillavet o de Tristan Bernard o del gran Kistaemakers u otras voces aisladas. ¿Su poesía? En Versalles no mueren los ruisñores, ni dejan de cantar.

Les grands jets d'eau esbelts parmi les marbres; de Verlaine. Hoy son Romain, Duhamel, Vildrac. El genio no llega aún. Rusia está loca.

En nuestra América Latina aún cantan los de la antigua generación, cansados de modernismo; Chocano, Lugones, Fombona, Valencia, y para hoy, y para mañana, ese portento que se llama Aurelio Martínez Mutis. Hay tres mujeres que valen: Mistral, Ibarburu, Storni.

Pero escuelas no hay, por más que se busquen con la lámpara de Aladino.

Leopoldo Lugones presentaba hace poco a un poeta, Roxlo, autor del libro «*El Grillo*». Pero... la pose exéntrica está allí.

No hay escuelas, pero la actual confusión de individualismos, nos presenta un aspecto abigarrado de Carnaval.

José María Salaveria en su libro «*La Intimidad Literaria*» ha tocado en lo más vivo ese deseo de llamar la atención con excentricidades de los jóvenes que llegan a escalar cumbres.

Aconseja. *«Ante todo habrá de ser el escritor un diestro arrivista, hábil en el reclamo y en todas las artes trepadoras»*. Y añade: *«Trepador, llamativo, efectista, sensacional, experto en producir curiosidades, no sólo por lo nuevo y eficaz de la obra, sino además por ciertas excentricidades y con la ayuda de oportunas exhibiciones personales»*. Esa es la amarga realidad que pide el público lector para prestar atención. El paladar estragado quiere rarezas. Se han leído todos los libros cuerdos y locos... son necesarias las artes mágicas y la prestidigitación.

El viejo Mallarmé nos dijo ayer *J'ai lá tous les livres!*

Hoy dice Xenius: He aquí que todos los libros nos han sido dados. Todos los libros, todos!... Los insignes, los fuertes, los raros!!

Y ¿cómo atraer las miradas de las gentes? Hacer piruetas, nuevas, personalísimas, lejos de las escuelas en la cuerda floja de nuestra propia imaginación.

Danza la juventud intelectual contemporánea al aire y de propia inspiración, en danza extraña, mientras suena a lo lejos la siringa del maestro Darío, que canta «Libertad, mis amigos, no os dejéis poner librea.

Felizmente en el fondo hay un ambiente de optimismo y una innegable actividad revelatriz de

vigores raigales, por donde nos queda el derecho de aspirar a frutos de porvenir.

En resumen:

Han muerto las escuelas, rotas por una explosión de libertad individual. Hoy reina una total desorientación, una multifurcación de ideales en medio del amor a las poses más raras, desde el snobismo más alquitarado y ridículo hasta el simplismo más simple y ramplón.

Permanecen como cumbres solitarias pocos consagrados; lo demás es agitación, revolución, estridencia. Causa de esto es sin duda la falta de senda y de tendencia, en el solo deseo de sobresalir y llamar la atención, en una palabra, la muerte de las escuelas contemporáneas. Esta muerte, ¿es un mal? ¿es un bien? Yo me inclino a creer que es un bien. La locura, el desacuerdo que hoy imperan acabarán por hastiar de excentricidades, y sin refugio de escuelas terminaremos por ponernos de acuerdo volviendo a la eterna fuente de la Naturaleza y la Verdad, de igual manera que Anteo al contacto con la madre tierra cobraba fuerzas.

El delirio depara una fecunda serenidad; los nervios que han vibrado con rapideces enfermizas tienden al descanso equilibrado y hacia la mar en calma, donde el sol de la Belleza se refleja; irá la nave tripulada de futuros con la experiencia de un millón de tempestades. □

Flores Exóticas

Impresión de la lectura. A los
alumnos de cuarto curso la dedico.
J.C.U.

Escribo bajo la impresión de un librito precioso: «Antología de poetas orientales, por Carmela Eulate Sanjurjo». Sabrosa y rara miel de las Islas de la Especiería, sobre hojuelas de versos castellanos: eso debemos a la gentil traductora.

Hay que entrarse por la Antología, como por un jardín de ensueños de las Mil y Una Noches a cazar impresiones extrañas, penetrantes, como el sabor de las especias que fueron el sueño de Colón.

Poesía fantástica, grandiosa como las magnificencias arquitectónicas de la India, son esos -hoy bastante conocidos- poemas sagrados el Mahabharata y el Ramayana.

Delicada, frágil poesía de exquisitos contornos de forma como la Torre de Porcelana de la China, los poemas de Li-Taipé y Cian-Tiu-Lin.

Y así es de notarse la semejanza nacional de la poesía y la arquitectura en cada uno de los pueblos orientales, pues ambas proceden de la misma fuente, la Naturaleza.

Trae la Antología bellos fragmentos de los citados poemas de la India, antiguos monumentos de una poesía teogónica y pantésta, ante los cuales no me detengo por ser ya bastante conocidos de aquellos a quienes dedico estas rápidas impresiones.

Luego siguen los poetas judíos como el célebre Salomón Ibn Gerbol, judío español de Málaga, de profundo acento religioso, autor de la «Corona Real» Moisés Ibn Ezra, del mismo sabor religioso que es propio a la poesía judaica, en la «Visión Trágica», pero de una fina gracia de madrigal en «Lógica Inocente», tan breve que no puedo dejar de copiarlo.

Responde, hermosa niña,
pero dí la verdad:
¿por qué causa los viejos no te agradan?
Ellos saben amar...
Una dulce sonrisa
su boca dibujó.
¿Y por qué a tí las niñas a tus años,
te inspiran tanto amor?

Poeta de Madrigal y de canción amorosa es Jehú Da Levy y gran poeta moral, Meir de Rothemburg, judío alemán. Noto en estos poetas israelitas poco sabor oriental, a no ser por imitación bíblica en algunos cantos religiosos y me lo explico con sólo saber que todos ellos son nacidos y radicados en Europa.

Entre los persas ha recogido la traductora bellos poemas. Obras de caudillos beduinos famosos por el valor como Antar Ben Scedad y Al Katari, hombres de vida azarosa entre el amor y la muerte.

Asimismo, del poeta Omar Ibn Abí Rabbia, bello como un Dios, según dicen, constantemente complicado en aventuras galantes, y cuyos poemas no era permitido leer a las jóvenes de la Meca, residencia de Omar. Obras de pensadores, como el ciego Abú L'Alá Al Maarri, impregnadas de un amargo escepticismo. Obras como los Rubayata, de Omar Khayyam y de un epicurismo de rosas y vino casi helénico.

La cumbre épica persa es generalmente conocida como el Shah Named de Ferdusi.

Poesía de amor y de guerra, con tintes a veces reflexivos, a veces puramente líricos es la poesía de los persas.

Al Katari exclama al final de su canción «Frente al peligro»:

«Nada vale la vida sin lucha,
sin gloria alcanzada,
cuando allá en el rincón solitario,
se quedan las lanzas,
y parecen sus hierros mohosos,
enseres de casa.»

Por otro lado, Hafiz, altísimo poeta, dijo:

«Vivo tan sólo porque el pecho mío
siente el amor que tu belleza inspira».

Mientras Khayyam canta:

¡Oh, mi adorada! Llena la copa del presente;
en ella olvidar quiero
temores y pesares en lánguida embriaguez!
¡Mañana! ¡Qué me importa lo que será mañana!
El tiempo con exceso
sobre mi propia vida veloz ha de correr.

Pero el ciego Abu Lalá piensa:

Que he comprobado
que el universo
tan sólo encierra
sí lo observamos
atentamente,
polvo y miseria.

Los árabes, poetas del amor y de la voluptuosidad, reyes de la imaginación torrencial y cálida, pasan cantando a sus hurfes, a sus caballos, a sus tierras.

Poesías de frondas lujuriantes, de frutas ópimas, de aguas corrientes, de esbeltas palmeras de oro y sedas y tapicerías: y el amor en medio de todo, pero muy lejos del amor.

En una estrofa de Ibn Safar Al-Marini, árabe de España, de el «Canto a Andalucía», veo la síntesis de la poesía árabe:

Las aguas de sus ríos, como cintas,
la van ciñendo un cinturón de plata;
su arena es oro, y perlas y escarlata

el rocío y las rosas del jardín.
Balsámico es el aire que se aspira,
y al corazón más duro le conmueve,
y en dulce soplo, indefinible y leve,
el amor se desliza sin sentir.

Voy ahora a entrar en la parte que me atrae más poderosamente, y en donde me detendré a aspirar el perfume de las rosas exóticas más raras, más puras, más nuevas.

Es en el Imperio del Sol Naciente y en la China Celeste, del dragón amarillo. La China, color de arrozales, China misteriosa por lo impenetrable, de los bellos palacios de raros nombres -tales Wan-Shi-Shan, (monte de las mil felicidades), Ta-Hiung-Pao-Tien, (sala preciosa del divino héroe)- fue siempre fecunda en poetas desde los más remotos albores de la Historia.

La primera Antología china fue recogida por Confucio, bajo el título Sei-King, 500 años antes de nuestra era. Cantos al amor -siempre con una pureza exquisita- a la guerra, al vino, a la danza. a los palacios y damas de palacio.

La poesía china es esencialmente externa admirable de forma en la imagen, en la evocación, en el paisaje, de una plasticidad delicada de perfiles, y a veces envuelta en cierta vaguedad oscura, que ellos pusieron de moda siglos antes de que soñara la Europa simbolista.

Li-Ta-Pe es el genio lírico de la tierra celeste. -Sus poemitas breves son como esas maravillas de cerámica que hicieron los artifices chinos, teteras de raras formas con paisajes diminutos, como madrigales de color que son a mi gusto lo más exquisito en el género, que hay y ha habido jamás en el reino de las cosas frágiles.

Mirad aquí el «Pabellón de Porcelana», lleno de gracia clara y precisa, cosa fina y exótica que encanta y resume las cualidades del gran poeta ebrio Li-Tai-Pe:

Mirad lo que se eleva
allí, en medio del lago:
Se eleva un pabellón de porcelana,
de un tono verde y blanco.

Hay que cruzar un puente,
de cárdeno alabastro,
que aseméjase a un tigre, cuyo lomo
estuviese encorvado.
Encima de aquel puente
están varios amigos
que hablan, y que ríen, y que beben
en tazas, vino tibio.
Arróllanse las mangas
de sus claros vestidos,
y los sombreros pónense en la nuca
con ademanes nimios.
Está invertido el puente
en medio de este lago,
y parece una inmensa media luna
de nítido alabastro,
donde varios amigos,
con vestidos muy claros,
allí en el pabellón de porcelana
beben cabeza abajo.

El cuadrito parece pintado en un plato de porcelana, o dibujado con tinta china en un abanico. Del mismo poeta hay en la Antología otro poema, en donde ya se ve moverse un algo de misterio, entre la precisión rara y casi pueril de detalles no esperados. Se llama el «Graznido de los cuervos». Está allí el presagio supersticioso de una manera vaga y suave indicado. Con todo, queda la preminencia casi total de la forma externa.

La esposa del guerrero está tejiendo «con sus manos de ámbar transparentes» una urdimbre de seda. Oye el gazar de los cuervos, lleno de tristes augurios y

dulce y pausadamente
arregla con sus manos,
con sus manos de ámbar primorosas,
el lecho solitario,
y fluyen unas lágrimas
de sus ojos opacos
de improviso, violentas y copiosas,
cual lluvia de verano.

Una nota sentimental, verdadera y profunda, humana, es difícil de encontrar en medio de la tenue melancolía general de la lírica china; apenas sensa-

ciones verdaderamente delicadas, tiernas y preciosas como «En secreto» de Uang-SinYú que transcribo aquí:

He extinguido la lámpara,
porque brilla la luna
y su luz ilumina el recinto en redor
y en el fondo del alma
misterioso murmura
un sutil pensamiento de inefable dolor.
Mi pupila, anegada
por el llanto, se nubla,
y un dolor agudísimo viene el alma a sentir,
al pensar que mi amada
no sabrá nunca
que en su ausencia por ella he llorado yo aquí.

La delicadeza, la pulcritud, el trazo fino, el afecto aristocrático, la melancolía leve por los dolores humanos, la extraña concepción poética que habla del Diamante Azul, del Río Amarillo, de Kiosco de luz, etc., son características de la poesía del antiguo Imperio Celeste, rico de extraños poemas de nombres monosilábicos: Tu-Fu, Tsin-Tsen, Fan-Yun, Tse-Tié, etc., etc.

Es de notarse en la poesía china la falta de religiosidad casi absoluta a pesar de la pureza con que siempre tratan las cosas, y sobre todo el amor, para ellos leve y pulcro en extremo. Asimismo al revés de los otros pueblos orientales, la épica china es pobre y poco feliz, debido sin duda al carácter pacífico de sus gentes.

El Japón, -Imperio del Sol Naciente- estuvo en la antigüedad bajo la influencia de los chinos, por lo cual hasta épocas muy posteriores encontró expresión propia en la lírica. Los historiadores dan detalles importantes que voy a recoger para lo que puedan ser útiles. La primera Antología japonesa data del año 784 y lleva el título de Hojiki, (Recolección de cosas antiguas).

El período clásico comienza el año 800 y llega hasta 1.186.

Es mayor en el Japón, el número de las poetisas que el de los poetas, debido a que el ejercicio de este arte fue cosa popular a quien los hombres consideraron delicada para atraer las viriles energías.

Fue la poesía, luego, ejercicio de nobles y es curioso detalle el que el Mikado Muzu-Hito, fue poeta celebrado y lo mismo la emperatriz viuda Haruco.

Desde la entrada del Japón entre las grandes naciones civilizadas, el movimiento literario es admirable y cuenta hoy día con poetas como Shi-Woi Uko de fama mundial.

Estos datos los he recogido del prólogo de la señora Eulate Sanjurjo, que abunda en detalles curiosos.

Convergen la poesía nipona y la china en la admirable plasticidad de la forma, pero difieren muy hondamente en cuanto late en la fibra japonesa gran fuerza sentimental, un extraordinario vigor pasional de energía que alterna con las delicadezas aquí y allá esparcidas. Sobre todo la poesía del Japón ha sabido vibrar a los acordes del sentimiento patrio, que es médula de esa raza guerrera.

Poesía honda, elevada, profundamente humana es la poesía en esa isla de hombres y árboles pequeños.

Ya lo decía Tsurayuki -altísimo poeta- en el famosísimo prefacio a la colección Kokinshū: «La poesía nació, cuando fueron criados el cielo y la tierra».

«Escuchando al ruiseñor que canta entre las flores, o el grito de la rana que se sumerge en el agua, reconocemos que todas las cosas vivas necesitan del canto para expresarse».

«La poesía de Yamato (el Japón) tiene en el corazón humano su propio asiento».

Tsurayuki dijo verdad.

Bella sobre toda ponderación, es la elegía de Hito Maro -uno de los más célebres poetas antiguos-, «A una dama de la corte», superior sin duda alguna a la del poeta francés Francisco de Malherbe, «Consolación» (A. M. de Perrier) tan celebrada, con la cual coincide en el asunto.

Hay en la obra del poeta oriental sentimiento sincero y penetrante de verdad, unido a la insuperable belleza de forma y alteza de pensamientos.

No puedo citarla íntegra por ser un poco larga. Bastará ver alguna imagen bellamente rara.

Comienza así:

Tenía su semblante las aureas tintas pálidas
de un bosque en el otoño:
Su cuerpo se cimbraba cual caña de bambú.
Las esperanzas dulces de un porvenir risueño,
llenábanla de gozo,
y todos admirábamos su hermosa juventud.

La vida prometía una existencia larga;
su delicioso rostro
tenía el atractivo que emana de la flor;
Más ¿quién adivinara que aquel feliz encanto
desapareciera pronto
cual gota de rocío secada por el sol?

Y tiene esta estrofa final:

Oh, ¡bella entre las bellas! Pasaste como sombra
en medio de nosotros,
y ha sido tu destino tan rápido y fugaz,
cual lo es el de la niebla, cual lo es el del rocío
que se evaporan pronto,
dejándonos la imagen de un «algo» celestial!

Los Tankas son estrofitas breves de versos cortos y en una combinación especial, muy linda según dicen los que saben japonés.

De ellas están llenas las colecciones clásicas japonesas: unas encierran un pensamiento filosófico, otras uno patriótico, aquellas un simple concepto artístico o galante.

Copio algunas que me han llamado la atención.

He aquí una tanka, que encierra lindamente un pensamiento de optimismo:

En el árbol más lozano
hay siempre una rama seca;
más ¿porqué buscarla, hermano,
entre las frondas risueñas
que acaricias con tu mano?

Y ved esta otra, y decidme si hay algo más encantador, más fortificante y lleno de elevado y fino idealismo.

Lo que aparece en nuestros sueños,
¿por qué decimos que no existe?
El mundo real es tan pequeño
que para mí es un vano empeño
decir que es único, ¡es tan triste!

Luego una imagen preciosa:

Contemplo de la luna la figura,
en las plácidas noches del estío,
y sintiendo del aire la frescura
yo pienso que es el abanico mío,
suspendido del cielo, allá en la altura.

Las anteriores tankas están tomadas del Kokinshiu (colección de poemas antiguos y modernos) formado en 905 por un comité de poetas que presidió Tsurayuki.

La elegancia externa de la poesía japonesa se manifiesta en todos los poetas principales y llega a veces con precisión de relieve a asemejarse a los mejores versos de Li-Tai-Pé. Véase por ejemplo la perfección descriptiva del poemita «Al paso de la luna» obra de forma impecable del poeta Bun-To-Ku.

En un mar de celajes navega
el esquife gentil de la luna,
y las nubes le forman al paso
una sombra tan diáfana y pura
que parecen las costas lejanas
donde el mar va a romperse en espuma.

Sobre el techo de antigua pagoda
su contorno el esquife dibuja;
se refleja en el fondo de un vaso
de licor, en su rara aventura,
y parece que inmóvil un punto
en el cielo se queda la luna.

De un estanque al pasar va a copiarse
en el agua tranquila y profunda,
para luego seguir entre nubes,
invariable su plácida ruta,
que rodeada de estrellas, prosigue
en el mar de los cielos la luna.

Eran por lo común, composiciones breves, ya en tankas, ya en otros diversos métodos entre los que llegó a hacerse popular el Hakai, metro inventado por el monje poeta Matsura Bashio, y que sin duda halagaría a un buen poeta modernista por la repetición del primero y último verso de la estrofa:

Polícroma y alada mariposa
al pétalo de rosa
cuando cae, tú imitas en tu vuelo;
¡Polícroma y alada mariposa!

Y así sucesivamente. (Sonríete, maestro Verlaine, que eso era antiguo en el Japón).

A raíz de la guerra con Rusia se despiertan las musas patrióticas y surge la colección «Flores del Ciruelo» -emblema del amor patrio- y toda una copiosa floración poética.

Brillan entonces el primer poeta japonés de hoy Shiwoi-Uko y el poeta soldado Fuku-Shima, autor el primero del libro "Hojas de Otoño" (Hana Momo) 1898 -y el segundo del canto "Gloria al Japón" de sople guerrero y patriótico genial. Finalmente, en nuestros días figura asimismo la poetisa Fuand-Fi, casada con un americano, que es una de las más puras glorias literarias del Japón.

Guarda además la Antología bellas flores de poetas indostánicos, javaneses, etc...

Llaman la atención Kushal Khan, poeta de Afganistán, autor del fino y viviente poema «Sedución» y Momín, poeta indostánico de portentosa fuerza pasional y galanura subjetiva en «Era un día».

Entre los poetas contemporáneos del Oriente a cuyo frente, figura el famosísimo indio Rabindranath Tagore - uno de los más poetas del mundo- de quienes todos guardamos más de una emoción lustral, figuran la igualmente célebre poetisa indostánica Sarajoni Naidu y Noto Souro, - roto, poeta javanés, de quienes no quiero pasar sin copiar alguna bella composición.

Véase de la primera el «Canto del país de Kachemira».

La flor del Iris orna los sepulcros,
las rojas peonías el terrado:

hay esperanza en los amantes fieles,
y temor en el alma del esclavo.
Los ópalos se encunetra en el río
las perlas en el fondo del océano
la duda en el espíritu que sufre,
la fe en el corazón enamorado.
Danzan las mariposas en la noche
al furgor de la luna tibio y leve,
danzan al sol las hojas de manzano;
los sueños del poeta allá en su mente.
Hay dulzura en la miel de las colmenas,
y en el pecho de virgen inocente;
alegría en los ojos de los niños,
y reposo en las manos de la muerte.

De Noto Souro, leed «La Flor de Loto», que es
nuestra bella y blanca flor de Mondongo.

Antes de revestirse de su traje
nupcial,
la flor de loto, que es la desposada
del Sol;
antes que su cándida corola,
se abra al rayo de luz,
tiene que hacer un misterioso viaje
por la oscuridad,
con angustia letal, que la desola
con innato temor,
para alcanzar al fin de la jornada
la plena beatitud.

Eso es bello y simbólico, ¿no es verdad?
Son las flores exóticas de perfumes mágicos y

no soñados, son los clavos de olor de las Islas de
especiería que hay que saber gustar como un man-
jar nuevo y extraño.

El pequeño libro de bolsillo que ahora tengo
junto a mí, me ha enseñado a amar la literatura de
esos pueblos de misterio y de belleza más que todos
los estudios de intrincada erudición que marchitan
todo asfodelo, toda flor de espedeza, toda flor de
loto.

Por eso quiero indicar a los estudiantes de
literatura extranjera, ese tesoro de volumen, que
se hace necesario para comprender, es decir, amar
la entraña lírica del lejano oriente, donde la Belleza
tiene los ojos color de misterio.

Y si oímos decir que eso no es práctico y que
más vale saber llevar las cuentas que auscultar los
latidos del corazón sencillo y mirar los vuelos del
Pájaro Azul rayando el cielo, dejemos hablar y que
enseñe con el bardo nipón Tadu-Miné que vale más
la ilusión que la vida. La ilusión que es poesía, que
es amor, que es esperanza.

Esto pensemos:

No me importara, no, perder la vida
pues perdí, al despertar del dulce ensueño
la ilusión, que, purísima
abrigaba en mi seno,
¡Y era toda la luz del alma mía!

Así sea.



Oda a Luis Gonzaga

La aurora nuestra está desnivelada.
Nuestras almas ligeras no pesan lo bastante.
Ya no sabemos distinguir la Tierra
de nuestras pompas de jabón tan grandes.

Y en casa una vez más -las vidas separadas-
los versos que pronuncio si los entiendo apenas,
y este mismo reloj que era un tirano infalible
marca una hora distinta en mi existencia.
Y sin embargo mi nombre es el mismo
que con los vuestros forma un archivo de matrículas,
y podemos francamente
en el pasado en que estamos unidos.

Hablemos de Gonzaga. Recojamos
su nombre entre las hojas esparcidas
por el Otoño de los Calendarios.
Era un guerrero de nacimiento, fuerte
más que su Siglo de Pecados Mortales,
con un ansia tan amplia que era un viento
capaz de levantar este mundo a los Cielos.
(Pudo hacer realidades nuestros sueños, pequeños
ante los sueños de su tiempo).

La vida que a nosotros se nos escapa esquivo
con viejo ardid de seductora,
se le ofreció a Gonzaga esclavizada y multiforme.
-Vida de muchas vidas confundidas-
Pero Gonzaga fue conquistador y pudo
con la recia inversión de sus miradas
dejarlo todo y conquistar su propia vida
para ofrecerla toda derrocada
a los pies de Jesús: Vida crucificada.

Pensemos en Gonzaga, amigos, como amigo.
Que su espíritu sople en todos los caminos
por donde vamos -tierra fecunda o tierra calcinada.
Desnudemos su nombre como una espada.

Granada, febrero de 1928.